

Organización socioeconómica en la industria informal de la basura

Cabral Da Silva, Magnólia G.

Magnólia Gibson Cabral Da Silva: Socióloga brasileña, profesora asistente del Departamento de Sociología y Antropología de la Universidad Federal de la Paraíba.

Este trabajo es parte de un estudio más amplio, que analiza las condiciones de vida y trabajo de los «cateadores de basura» de Campina Grande, Brasil. La investigación inicial ha revelado la existencia de una verdadera industria de la basura, funcionando según los moldes del capitalismo periférico moderno. La misma tiene como mano de obra una población remanente del antiguo sistema pre-capitalista rural. Lo arcaico y lo moderno se funden en un esquema de explotación basado en el trabajo familiar, donde el mayor contingente está integrado por niños entre 4 y 12 años (37%) y jóvenes entre 13 y 19 años (23%).

Estudios realizados junto a «cateadores de basura» (residuos sólidos urbanos) en las ciudades de Campina Grande (Fernandes), Recife (Lima) y Natal (Costa), situadas en la región nordeste del Brasil, revelaron la existencia de una industria, informal y estructurada a nivel regional, de aprovechamiento de residuos sólidos. Esta industria presenta un esquema semejante a la de las grandes empresas capitalistas: organización empresarial, en la forma de cartel, división del trabajo, niveles diferenciados de «status» y renta de acuerdo con la posición del individuo en la estructura social resultante de tal organización. Este esquema tiene como soporte la explotación de la mano de obra remanente del sistema pre-capitalista rural. Los «cateadores de basura» no tienen contrato de trabajo ni garantía alguna de continuidad en el empleo.

Donde existe, la industria informal de la basura presenta las mismas características socioeconómicas. Esta actividad que incorpora los resquicios del arcaico sistema pre-capitalista rural, adaptado al esquema del moderno capitalismo periférico urbano, permitió el surgimiento de nuevas actividades económicas, de nuevos tipos humanos y de una comunidad específica, con valores semejantes, donde los individuos son confundidos con el trabajo que ejecutan.

Cada comunidad se encuentra sometida al dominio de un individuo, quien se considera dueño del espacio. Este sujeto controla el comercio local, establece el valor de las mercaderías, así como es intermediario entre los que ejecutan el trabajo de cateador y las industrias que reciclan la basura.

Como no hay contrato de trabajo, todos piensan que es sencillo ocupar o abandonar el empleo cuando quieran. Sin embargo esto no es verdad. Quienes desean iniciarse en la actividad deben enfrentar los carteles o «mafias» locales. Son los antiguos grupos ya establecidos, bajo la dirección de un patrón (llamado «comerciante»), que controlan el espacio dificultando e incluso inviabilizando la exploración de la basura por parte de otras personas. El comerciante también controla los cateadores, a través de un esquema de crédito/sumisión que los mantiene bajo su dominio y restringe su autonomía. En el caso de buscar, o ser buscado por otro comerciante, generalmente un extraño a ese medio, los cateadores son amenazados con perder el crédito y la posibilidad de continuar negociando con el antiguo comerciante. Además, los comerciantes también venden los alimentos en la comunidad, a precios bastante elevados. Los cateadores están a merced del comerciante debido a que no tienen movilidad propia para hacer sus compras (grandes distancia del centro comercial, falta de tiempo, trabajo familiar y con jornadas diarias de 14 a 16 horas, inclusive los domingos), aparte de sus escasos recursos. Por otro lado, la ganancia es incierta y puede ocurrir que algunos días de la semana no rindan lo suficiente ni para las compras esenciales de alimentos. En esos casos, el cateador compra «fiado», para pagar después. El trabajador puede contar siempre con el crédito del comerciante, pero estará, siempre, con deudas. Es el esquema crédito/sumisión, muy conocido por los trabajadores rurales del Brasil.

La división de trabajo y los tipos sociales

La industria de la basura se presenta en forma muy amplia y diversificada. Los tipos humanos son caracterizados por su ocupación. Los principales son: el comerciante, el cateador, el trapero, el carretero y el cabecero.

Los comerciantes son aquellos que adquirieron algún capital. Compran de los cateadores y traperos el material recolectado, debidamente seleccionado y limpio. En general, el comerciante posee carritos que cede a los traperos, a cambio de servicio, o paga a los poseedores de carritos. En los llamados basurales (basura depositada a cielo abierto), los comerciantes compran todos los residuos sólidos que tengan algún valor comercial, tales como papel, metal, cuero, plástico, etc.

Los comerciantes que se establecen cerca de los grandes centros urbanos, frecuentemente, se tornan especialistas en algún tipo de mercadería. Como se dijo, el comerciante es el intermediario entre los cateadores y traperos y los cabeceros son los intermediarios que transportan las mercaderías, recogidas hacia las fábricas donde serán recicladas.

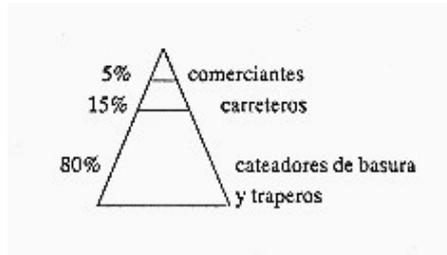
El trabajo del cateador de basura puede ser hecho de diversas maneras. Están quienes catean la basura en las calles, cerca de las residencias; quienes hacen «el punto» en los fondos de restaurantes y supermercados; éstos buscan alimentos. Según Lima, los buscadores de alimentos representan el 7,7% de la muestra estudiada en zona sur de la ciudad de Recife. Los otros traperos, estudiados por Lima, recurren a los depósitos de basura, públicos o residenciales, en busca de papel (93,3%), plástico (recipientes, botellas 76,9%) y latas (66,7%). Otros tipos de objetos metálicos son buscados por el 46,2% de la muestra; trátase de aluminio, bronce, cobre, etc., encontrados en lugares específicos pero no en las calles. El 33,3% busca vidrio (las botellas sanas tienen más valor). Excepto el 7,7% que buscan alimentos para consumo propio, un 92,3% catea para vender a los depósitos o camiones de depósito.

El mayor deseo del trapero es poseer su propio carrito. La propiedad de un carrito permite ganar más dinero. Los traperos residen en la periferia de las grandes ciudades, pero no muy lejos de las residencias suntuosas, donde puede encontrarse basura abundante y de «buena calidad».

Los cateadores de basura habitan en los propios basurales (70%), o cerca de ellos, lo que permite estar presente cuando llega el camión de recolección pública. Su trabajo consiste en catear la basura (cuando es posible, con el auxilio de un gancho especialmente producido para esta finalidad). El cateador selecciona los residuos (papel, plástico, vidrio, etc.). Debe también limpiar y embolsar. Las actividades de limpiar y embolsar son las menos valorizadas; Son consideradas «servicio para niños y mujeres». Las bolsas son provistas por los comerciantes.

Estas categorías no son excluyentes. Algunos comerciantes también catean basura o la transportan en carritos hasta el depósito, aunque tengan muchas personas a su servicio. Algunos son muy ambiciosos y quieren ganar el máximo posible. Pero el hecho de ser comerciante lo convierte en persona poderosa y respetable; además, él puede no hacer el trabajo de cateador si no lo desea. De este modo, aunque todos vivan de la exploración de la basura, en términos sociales, el comerciante detenta poder y prestigio en la comunidad. Por lo tanto, se puede decir que la comunidad

de cateadores de basura es una comunidad estratificada. Se diseña así una pirámide social bien definida:



En el extremo superior de la pirámide, gozando de poder y prestigio, se encuentra el comerciante. En una posición intermedia están los propietarios de carritos y, en la base, sin ningún prestigio o consideración están los cateadores y traperos, que apenas poseen su fuerza de trabajo. En esa pirámide de distribución social, poseer un instrumento que permita ejecutar un trabajo socialmente más considerado, significa también ascender en la escala de respeto. También le permite contratar los servicios de otros cateadores y traperos, lo que significa también ser patrón. No hay grandes diferencias entre cateadores y traperos. Ambos están sometidos a un patrón y son igualmente miserables.

Sin embargo, creemos que la situación de mayor abandono y miseria es la de aquellos que viven en el propio basural. No se sabe, todavía, con precisión, el número de personas que viven en los basurales. Allí comen «alimentos» retirados de la basura. Ellos mismos declaran frecuentemente que consumen alimentos deteriorados, recogidos de la basura, los cuales, a veces, son cocinados. Agradecemos a Dios cuando llega el camión de basura de los supermercados. Tiene pollo blando, echado a perder, frutas machucadas y podridas, pero todo es bienvenido. Los preparamos con mucho vinagre y los comemos. Es el único día que comemos un poquito de carne. ¡Es un día de fiesta! (cateador de 38 años, en Fernandes). Declaraciones semejantes fueron encontradas en Costa y Lima.

Características de la población

Los datos de ese estudio nos permiten delinear un perfil según los rasgos característicos de esta población. Más de 25.000 personas, en Brasil, viven únicamente del cateo de basura (Lima). Todas las ciudades medianas y grandes poseen un contingente apreciable de cateadores en sus varias formas. En cuanto al género, aproxi-

madamente un 55 % es del sexo masculino. En torno de 35% de la mano de obra es de niños entre 4 y 12 años de edad. Este porcentaje asciende a 58% cuando son incluidos los jóvenes entre 13 y 19 años. Los efectos perjudiciales de esta actividad sobre los niños son incalculables e irreversibles, como enfatiza Abranches en los estudios sobre la política pública brasileña. «La movilización de niños tiene un significado especial. Representa una carencia irrecuperable contra el futuro, determinando no solo la interrupción del proceso escolar y formativo, sino también el sometimiento a trabajos de baja calidad que son, en su mayoría, lesivos por el desarrollo físico, cultural y psicológico de los niños» (Abranches). Estos niños nunca serán gente porque no tienen ni salud ni moral, dijo un cateador en Natal (Costa).

Más del 70% de esta población está integrada por emigrantes oriundos de las zonas rurales o urbanas del interior en busca de medios de subsistencia. No habiéndolos encontrado, terminan como cateadores de basura (ibid.). Aproximadamente el 25% de los cateadores posee otro trabajo remunerado, como empleados de empresas públicas (basureros del servicio público) o trabajan como ordenanzas, mozos, lavanderas, vendedores ambulantes, etc. Aún quienes poseen contrato de trabajo tienen un salario tan bajo que los obliga a buscar otras actividades remuneradas, mostrando el cuadro general de la indigencia.

Catar basura es un trabajo diario, incluso los domingos. Todos reciben por lo que producen. Algunos, alrededor del 30%, logran ganar más que el salario mínimo local, actualmente de 90 dólares mensuales. Pero hay una gran incertidumbre, y también una gran explotación por parte del comerciante, quien paga muy poco a los cateadores y revende la mercadería con bastante lucro.

Es un trabajo insalubre y pleno de riesgos. «Todos quienes catan basura asumen el riesgo de contraer enfermedades vehiculizadas por la basura, de aspirar polvos y sustancias contaminadas con microorganismos o vapores químicamente activos, de herirse, de facilitar el acceso de agentes patógenos, además de asumir el riesgo de accidentes con máquinas y vehículos que operan en el basural, enfermedades traumatológicas, hernias, etc.» (Haddad, p. 354).

Tal como existe, sin organización, tradición y en condiciones adversas, la actividad de cateo de basura derivó en una comunidad altamente competitiva y poco solidaria, estimulando la desconfianza, delación y persecución. El conflicto y las disputas son una constante, de forma latente o manifiesta. Hay conflictos y disputas entre los hombres, entre hombres y mujeres, entre hombres y niños, entre familias y entre grupos. Tanto los hombres como las mujeres ejecutan el mismo trabajo. Pero los

hombres, por su fuerza física, conquistan las posiciones más estratégicas y consiguen mayor productividad. A las mujeres y a los niños les restan los bordes y las sobras de la basura. Por estar en desventaja física, son dominados por los empujones de los hombres (Costa).

La deshonestidad se ha tornado valor necesario para la sobrevivencia. El comerciante roba en el precio de las mercaderías. El cateador y el traperero colocan piedras y arena en las bolsas para que pesen más. También se ha observado, en estos emigrantes, la ausencia casi total de calificación para el trabajo, así como un nivel muy bajo de aspiraciones. Más del 60% declaró que no cree en cambios porque se considera derrotado, sin salidas. Las condiciones adversas les permiten apenas la sobrevivencia. Estas personas terminan por habituarse a su condición miserable. Otra declaración frecuente por parte de hombres, mujeres y niños, es: Antes tenía mucho dolor de cabeza; ahora resisto hasta el veneno... basura es igual a veneno (Costa, p. 56).

Los estudios con cateadores permiten también poner de manifiesto aspectos referentes a las representaciones sociales. Hemos constatado dos representaciones muy importantes en las comunidades de cateadores: «el culto a la libertad» y «el sentimiento de inferioridad». El sentimiento de inferioridad y el culto a la libertad son bastante antiguos pero existen de forma muy arraigada entre los miserables brasileños y son muy importantes para los cateadores. Ambas justifican, para ellos, la situación. A pesar de la miseria en la basura, es mejor que trabajar en fábricas ganando un salario mínimo. Aquí podemos ganar lo mismo y no estamos sujetos a nadie. No hay que fichar y podemos trabajar cuando queremos (cateador de 35 años, en Fernandes, pp. 35-36). Es mejor quedarse aquí con todo el sacrificio, arriesgar la salud, pero tener la libertad de trabajar cuando puedo y cuando quiero... (Costa, p. 62). Lo mismo dijeron los traperos de Recife (Lima).

La condición de cateador es la más despreciada en la comunidad, sobre todo por quienes desarrollan otras actividades no relacionadas directamente con la misma. Para catear basura no se necesita estudiar. Nosotros jamás vamos a salir de esta situación; en vez de perder tiempo en la escuela, es mejor quedarse aquí trabajando con nosotros; precisamos trabajar para tener el dinero para el mercado... (mujer cateadora de 38 años). ¿Cómo vamos a mandar los niños, para la escuela, sin ropa, sin zapatos y con hambre? ¿Cuál es la escuela que quiere los sucios de la basura? (cateador de 35 años en Fernandes, p. 64).

Finalmente, nos gustaría señalar dos aspectos más que caracterizan esta comunidad. El primero, constatado en los tres estudios, es referente a la unidad generadora de la renta. En la mayoría de los casos, no es el único individuo sino la familia. El trabajo con la basura es familiar. Este no es trabajo para mujeres y mucho menos para niños, es contaminado y lleno de microbios. Si por lo menos yo consiguiese el dinero para el mercado, ellos no vendrían aquí... (Costa, p. 57).

La última de las características observadas es la sobrevivencia de valores sociales como honestidad y trabajo. Es mejor catear basura que robar o pedir limosna... Trabajar con basura a nadie le gusta... a veces quiero rebelarme y entonces me quedo pensando en los consejos de mi madre: cualquier trabajo es mejor que ser mendigo.. . No hay trabajo que no pueda ser hecho con honestidad. Al comienzo sufrimos mucho, pero uno termina acostumbrándose.

El significado sociocultural de la basura

El vocablo basura (lixo, en portugués) significa cosa sin valor, desecho, inmundicia y suciedad. En sentido figurado, es usado como sinónimo de «ralea», para calificar a una persona que no tiene linaje, que no sirve, ordinaria y sin valor. En inglés (garbage), tiene una acepción más amplia, como sinónimo de burro y con sentido de palabrota. En francés (ordure) tiene también la connotación de falta de cortesía y obscenidad. Así, en general, la palabra basura tiene un sentido peyorativo. Culturalmente, representa algo despreciable y sin valor. La producción de residuos es tan antigua cuanto la humanidad. Sin embargo, es con la urbanización, y con la concentración poblacional en las ciudades, que la sociedad occidental comenzó a sufrir por su exceso y acúmulo (Haddad). Este problema tradicionalmente no ha sido tratado con la debida importancia.

Actualmente se sabe que la «basura», o «residuos sólidos», tienen una falta de valor y suciedad bastante relativas, sobre todo cuando se observa la calidad de la basura de países altamente industrializados. A pesar de continuar social y políticamente desprestigiada, la basura es hoy asunto de primer orden, a la cual se le puede dar una aplicación útil y rentable. Es evidente que el significado peyorativo de la basura es social, resultante de la organización socio económica de la civilización occidental. Se sabe que la basura puede ser limpia y que ello depende de la forma en que es acondicionada en la sociedad actual, de consumo y desperdicio, la basura es una mezcla de todo tipo de residuo sólido perecedero o no, inofensivo o tóxico.

Son considerados «basura» objetos que aún tienen valor comercial y ecológico y que pueden ser reciclados o aprovechados de varias maneras. Esa forma irracional de «tirar todo a la basura» genera grandes cantidades de detritus, difíciles de acondicionar y de darles un destino final adecuado. Gran cantidad de «basura» es lanzada directamente al medio ambiente, causando fuerte impacto.

De manera semejante, en Brasil hemos condicionado a hombres, mujeres y niños de las clases sociales menos favorecidas a que, como basura social, estén tirados en los basurales. Allí viven cantidades significativas de individuos en condiciones socioculturales adversas, donde solamente es posible la sobrevivencia. «Personas en estado de absoluta carencia están prisioneras de una cadena de privaciones oriundas del propio orden socioeconómico, que reduce sus chances reales de acceso a recursos que hagan posible su salida de la situación de miseria». (Abranches).

Bibliografía

ABRANCHES et al.: Política social, Pobreza e Desigualdade: A Prática de Teoria em Política Social e Combate à Pobreza, Zahar Editores, Río de Janeiro, 1989.

IDALINA FARIAS SOARES COSTA: De Lixo Também se Vive: Origem e Reprodução de comerciantes e Catadores de Lixo - Cidade Nova - Natal RN, FUNDAJ, Editora Massangana, Recife, 1986.

MARIA ZÉLIA PEREIRA FERNANDEZ: «O Lixo da Vida e a Vida no Lixo. Campina Grande», trabajo de especialización, UEPB, 1991.

JOSÉ FELICIO HADDAD: «O Impacto do Problema dos resíduos sólidos Aspecto sociais e de Saúde» en anales del 1º Seminario sobre Residuos sólidos urbanos, aspectos institucionales y de planeamiento, Ministerio del Interior, Brasília, 1982. pp. 347-367.

TANIA LIMA: «Os Catadores de Lixo da Zona Sul do Recife - Reciclagem alternativa do Lixo Urbano», FUNDAJ, Recife, 1988.

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad N° 129, Enero- Febrero de 1994, ISSN: 0251-3552, <www.nuso.org>.